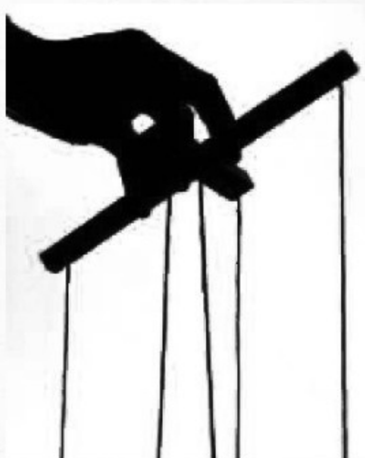
JOAQUIN CARRERA MORENO
Y CASTO SANCHEZ MELLADO

EN TORNO AL TITERE POPULAR
J(«REFLEXIONES SOBRE LA APARICION DE LA PALABRA «TITERE»)



GADES

Revista del Colegio Universitario
de Filosofía y Letras de Cádiz

Núm. 8

CADIZ, 1981

En torno al títere popular
(«Reflexiones sobre la aparición de la palabra «títere»)

Joaquín Carrera Moreno
Casto Sánchez Mellado

A pesar de su larga y ajetreada vida, el muñeco articulado y su mundo aún permanecen oscuros a los ojos de cualquier investigación. La incertidumbre en torno al títere llega incluso al vocablo, de etimología dudosa y aparición tardía: hasta la fecha, su primera aparición en castellano se situaba en 1524, en un texto de Bernal Díaz del Castillo vinculado al ambiente marginal de los que marchan a América:

> «llebo çinco chirimias y çacabuches y dulçaynas y un bolteador y otro q jugava de manos y hazía títeres» (1).

Sin embargo, ya en 1513, en investigaciones realizadas sobre el teatro en la provincia de Cádiz, encontramos la palabra títere como vocablo de uso común en Jerez de la Frontera:

> «Mandaron los dichos Sres. Pesquisidor é veinticuatros que sea notificado a los que hacen los juegos de los títeres, que luego se vayan desta cibdad e non los fagan más en ella, sopena de cient azotes». (2)

Si Varey, en su obra ya citada, señala la aparición del vocablo títere no vinculado a las fiestas palaciegas sino «acompañando a Hernán Cortés en la selva de Honduras» (3), nosotros lo encontramos en un cabildo municipal de la Baja Andalucía, siendo objeto de represión.

---

(1) Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera... de la conquista de la Nueva España*, en J.E. Varey, *Historia de los títeres en España*, Revista de Occidente, Madrid, 1957, pág. 93.

(2) Archivo Municipal de Jerez, libro nº 8, folio 330, sesión correspondiente al día 8 de julio de 1513; publicado en Antonio Fernández Formentari, *Costumbres y Leyes de antaño*. Impr. Guadalete, Jerez, 1890, pág. 10.

(3) Varey, op. cit., pág. 93.

Indudablemente, este descubrimiento no aporta excesiva luz sobre algunos aspectos —antigüedad, etimología, etc.— del mundo del títere, pero sí merece algunas reflexiones.

I

En los textos donde aparecía por primera vez la palabra títere, el ya mencionado de Bernal Díaz del Castillo y otro de 1538 (4), ésta se vincula a un mundo de baja extracción social y no se deduce de ellos —ambos documentos son testimonios de la conquista de América— un uso generalizado al menos en la Península, lo que tal vez llevara a Corominas (5) a situar en el tiempo dicho vocablo hacia 1560. Sin embargo, del texto que presentamos se deduce un uso no exclusivo de ciertas clases sociales, sino más generalizado.

Otro aspecto que consideramos importante del texto de 1513 es su carácter marginal acentuado si lo comparamos con los textos anteriores, en los que sólo podemos hablar de baja extracción social; el documento jerezano presenta al mismo tiempo un modo de delincuencia —expulsión, represión— que afecta por igual al posible contenido del espectáculo y al modus vivendi de los representantes, siempre considerados gentes de mal vivir como señala un texto de Cervantes con respecto a los titereros:

> «...era gente vagamunda, y que trataua con indecencia de las cosas diuinas, porque con las figuras, que mostrauan en sus retratos, boluian la deuocion en risa, y que les acontezia embasar en vn costal todas o las mas figuras del Testamento viejo y nuevo, y sentarse sobre el a comer y beuer en los bodegones y tabernas. En resolucion, dezia que se marauillaua de como quien podia no les ponia perpetuo silencio en sus retablos, o los desterraua del reyno». (6).

Carácter que es común, en cuanto a la consideración social del títere, no sólo en los países de la Europa occidental, donde éste se mantiene como elemento lúdico, sino también en aquellos países no occidentales en los que el títere aparece más vinculado al ceremonial religioso:

---

(4) «los que hacen farsas; otros que juegan de manos; otros que hacen títeres y otros juegos». Cit. en Varey, id.

(5) Joan Corominas, *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*, ed. Gredos, Madrid, 1976, 3ª ed., pág. 570.

(6) Miguel de Cervantes, *El licenciado Vidriera*.

> «Era el lloc d'encontre de les persones amb ocupacions i oficis despreciats per la societat: páries, saltimbanquis, bohemis de moraldubtosa, alguns dels quals, com els antics kugutsu-mawhasi, representaven funcions de titelles». (7)

Pero el documento presentado no sólo se relaciona con la gran cantidad de testimonios acerca del mal vivir de los representantes, sino también con la crítica que este tipo de representaciones hacían —y se deduce del hecho de la represión— a lo establecido. Crítica que recogía el ánimo popular ya que, de otra manera, no se explica el éxito, el aplauso y su larga tradición; hecho que ha provocado otra tradición de represión tan larga como la primera, pero quizás más virulenta, rayando, como el propio espectáculo, en lo cómico:

> «Moretti narra (...) haver assistit l'any 1860 a la *detenció del titella Pulcinella* que va ésser portat a la comissaria (...) perqué de manera indirecta havia predit el desembarcament de Garibaldi a Marsala». (8).

No es posible, a partir del documento de 1513, señalar el tipo de crítica que estas funciones realizaban, pero no debe distar mucho de las que recogen compañeros inquisidores de otras tierras de España:

> «Se aparescieron juntas dos figuras, la vna con habitos de Santo Domingo y la otra con habito clerical de manteo y bonete, y que a la del dicho frayle que lleuaua alçadas las faldas por detrás la yua, açotando el clerigo, y aun también han querido añadir que interuenia vna figura de muger a quien retoçaua el frayle...» (9)

Lo que sí podemos comprobar es la proximidad de la represión jerezana con las primeras manifestaciones inquisitoriales en sucesivos concilios, y entre ellos el de Sevilla de 1512. Manifestaciones represivas que explican el auge que este tipo de representaciones tuvieron en los albores del siglo XVI (10).

---

(7) Jaime Fernández, *Bunraku: el teatre de titelles al Japó, en Les grans tradicions populars: ombres i titelles*, Institut del Teatre, Barcelona, 1977, pág. 21.

(8) Maria Signorelli, *Pulcinella a Itália,* en *Les grans tradicions*... pág. 60. El subrayado es nuestro.

(9) Archivo Histórico Nacional. Inquisición de Valencia. Cartas, leg. 503, n.2, fol. 106 v., en Varey op. cit. págs 96-97.

(10) Carlos Luis Aladro, *La Tía Norica de Cádiz,* Editora Nacional, Madrid, 1976, pág. 112.

II

¿Qué morfología tendría el espectáculo de títeres expulsado en 1513? Siguiendo a Varey (11), se puede decir que hasta el siglo XVII las formas hegemónicas que adoptan estos muñecos son dos: por un lado los bavastels —títeres danzantes sujetos por una cuerda, de tradición medieval (12)—, y por otro el retablo o teatro mecánico, de influencia italiana (13). Antes del siglo XVII no poseemos datos fehacientes de la existencia de «máquinas reales», teatritos de marionetas o títeres de hilo, con sus bambalinas, tramoyas, etc.. que recuerdan, reflejados en un espejo empequeñecedor, los teatros a la italiana y que, por otra parte, son los más conocidos en la actualidad; y en cuanto a lo que hoy llamamos títeres de guante —guiñol— entran en España a finales del XVI y principios del XVII, siendo difícil defender su existencia en Andalucía en una fecha tan temprana como 1513.

La conclusión es fácilmente deducible: sólo es posible encontrar en la Baja Andalucía, a comienzos del siglo XVI, los títeres danzantes de origen medieval (14) o el teatro de figuras mecánicas (15). Aún no nos ha llegado de Castilla Don Cristóbal de «Purrichinela», ni ha nacido para el teatro la célebre Tía Norica. Con todo, se puede deducir de la expresión «los que hacen los juegos de los títeres» la dificultad para imaginar un teatro mecánico o de autómatas, monopolizado casi exclusivamente por las fiestas palaciegas, lo que nos lleva a un tipo de títeres danzantes provinentes de los que llevaban los cazurros en la época de Alfonso X (16), entroncados en unas formas de espectáculo donde

---

(11) Aparte op. cit., J. E. Varey, *Títeres, marionetas y otras diversiones populares de 1758 a 1859*, Instituto de Estudios Madrileños, Madrid, 1959; *Los títeres y otras diversiones populares de Madrid: 1758-1840. Estudio y Documentos*, Támesis Books Limited, London, 1972; *Els titelles de guant al Madrid del segle XVIII*, en *Les grans tradicions...*, págs. 131-138.

(12) Que evolucionaría, gracias a los árabes, hacia el fantoche. Vid. Aladro, op. cit. págs. 121-126.

(13) Los autómatas, de influencia árabe, son muñecos de escasa virtualidad dramática, y ya en el XVI se reducen a juguete para entretenimiento de príncipes. Por esta razón cae fuera de nuestro estudio con respecto al texto de 1513.

(14) Que no se dedicarían a realizar juegos de torneos caballerescos, pues ya en la época de Alfonso X ejecutaban el sano ejercicio de la burla. Vid. Aladro, op. cit., pág. 119-20.

(15) No descartable, aunque el primer dato escrito sobre la llegada de los retablos mecánicos a España sea de 1538.

(16) C.L. Aladro, op, cit., págs. 115-131.

vamos a encontrar animales amaestrados, pantomimas, acróbatas y todo un sin fin de variedades circenses y literarias (17).

Creemos que esta es la tipología del espectáculo expulsado de Jerez en 1513, espectáculo que, con una larga tradición que llega hasta nuestros días, siempre ha permanecido en el campo de lo marginal, y aún sin recuperar por nuestros folkloristas cultos.

III

No nos sorprende que la palabra títere aparezca en fecha tan temprana en la provincia de Cádiz y, por lo que se desprende del texto, en un uso común. No podemos olvidar la importancia que el títere tiene, o al menos ha tenido, en toda la provincia: En la bahía de Cádiz, donde la Tía Norica —títere con morfología autóctona, y uno de los teatros de muñecos más antiguos que se conservan— ha estado representado hasta fecha muy cercana, y no sólo ella, sino toda una serie de manifestaciones propias de una ciudad comercial y cosmopolita —recordemos los títeres de Manuel de Falla y la localización, no casual, de «Los cuernos de Don Friolera», de Valle, entre otros—; en el marco de Jerez, donde la prohibición en torno al pequeño muñeco con figura humana se repite a lo largo de la historia:

> «Ni con título de comedias, títeres, folla real, ni otro alguno, se de permiso a que la anunciada compañía use aquí de sus habilidades». (18);

en la serranía gaditana, donde las voces que denominan al muñeco articulado proliferan: «Purrichinela», «Currito», «Cristobita», etc..; y la presencia aún en nuestras ferias de grupos de artistas que, con una gran pobreza material —trompeta, tambor, tití y cabra— recuerdan espectáculos tan cercanos a los del títere popular.

Como se ve, toda una tradición de títeres que recogía en su seno las más variadas vertientes del folklore popular, que no se quedaba en los límites de la actual demarcación comarcal: recordemos que la Tía Norica, títere por excelencia gaditano, terminaba sus actuaciones con unos juegos malabares y «levantábase de nuevo el telón y aparecían

---

(17) Recordemos aquel juglar cazurro que llevaba uno de los fragmentos conservados —recuperado por Menéndez Pidal— del libro de Buen Amor.

(18) Archivo Municipal de Jerez, libro nº 34, folio 925, sesión correspondiente al día 5 de septiembre de 1742; publicado en Fernández Formentari, op. cit., pág. 94.

una o dos parejas que hacían las delicias de los presentes, bailando el olé, o la cachucha, o el jaleo de Jerez al son de los alegres palillos» (19).

Sin embargo, sí parece sorprendente la escasez de estudios que se han dedicado a investigar estas manifestaciones que durante siglos han divertido a tantos y han sido reprimidas por tan pocos. Hoy, la última forma de censura que padece el títere es la marginación de nuestros centros de investigación «pero esto no debe sorprendernos si consideramos que los títeres son un verdadero arte popular (...) y la historia de un arte popular está escrita en el fondo de la mente del pueblo y no en los libros de los eruditos» (20).

---

(19) José María León y Domínguez, Pbro., *El Nacimiento de la Tía Norica*, en *Recuerdos Gaditanos*, Tip. Cabello y Lozón, Cádiz, 1897.
(20) Varey, *Historia de los Títeres...*, pág. 8.